

LANZAMIENTO BEST SELLER

JAVIER SIERRA TRÁS LA PISTA DE LOS ÁNGELES

El primer autor español en entrar en el *top ten* de los libros más vendidos en Estados Unidos ha invertido cinco años y 350.000 kilómetros en su nueva novela, *El ángel perdido*. Viajamos con él a los principales escenarios gallegos donde se desarrolla la misteriosa trama.

por Eva Dallo

fotografías de Luis de las Alas

Tras un éxito como el de *La cena secreta* (Plaza&Janés, 2004), que se tradujo a 43 lenguas y se coló en el sexto puesto de los 10 libros más vendidos en Estados Unidos, según *The New York Times*, al escritor turolense de 39 años Javier Sierra se le planteaban dos alternativas: repetir fórmula o mantenerse fiel a sí mismo y reinventarse. Se decidió por la segunda, sin saber que tal decisión conllevaría, entre otras cosas, cinco años de su vida, recorrer miles de kilómetros, y escalar el monte Ararat, en Armenia. El resultado de este largo y físico proceso de investigación –en el que Sierra viajó a menudo, según sus propias palabras, “sin reserva de hotel y esperando a que me golpease el destino”– se llama *El ángel perdido* (Ed. Planeta).

La novela, ambientada en la Galicia actual, pero también en la frontera entre Irán, Armenia y Turquía, está inspirada en el lenguaje de los ángeles ideado por John Dee, matemático, astrónomo y geógrafo de la reina Isabel I de Inglaterra, que dedicó gran parte de su vida a intentar comunicarse con ellos. En la obra, Sierra plantea, además, una hipótesis en clave de ficción sobre el diluvio universal y el reinicio de la Humanidad, y se hace eco de las teorías que, apoyadas en el legado cultural de Galicia, apuntan a una posible llegada del Arca de Noé en esas tierras. Ángeles, humanos, Historia, tecnología de vanguardia, mitología y aventura se mezclan en un libro que descubre algunos de los lugares más enigmáticos y controvertidos de una ruta de iniciación precristiana llamada hoy en día Camino de Santiago, y que el escritor nos ha querido mostrar de su propia mano. ❖

LOS
LUGARES



1. EL PÓRTICO DE LA GLORIA, CATEDRAL DE SANTIAGO. Escenario de la primera parte del relato de Javier Sierra, el Pórtico de la Gloria –una de las obras maestras del Románico mundial– se encuentra en la novela, igual que en la realidad, en proceso de restauración. Durante los trabajos, se ha producido un importante descubrimiento: el dintel es una única pieza, y las figuras se apoyan en él como si de un puzle se tratara. Sin embargo, según el escritor, “aún quedan en esta obra del maestro Mateo muchos enigmas, como la representación de una cabeza en la base de la columna central que podría ser la de Gilgamesh, héroe de la narración escrita más antigua de la Historia”. El misterio reside en que el texto sumerio al que se refiere, la *Epopéya de Gilgamesh*, se descubrió en el siglo XIX y el pórtico fue construido en el XII. “¿Conocían en esa época los textos sumerios? ¿O acaso hemos olvidado el auténtico significado de los escritos que nos han transmitido?”, apunta. Julia Álvarez, protagonista de *El ángel perdido*, es restauradora e intentará, durante un viaje que la llevará de Santiago al monte Ararat (Turquía), dar respuesta a esas preguntas.



2. LA PIEDRA FUNDACIONAL Y EL SÍMBOLO DESCONOCIDO. En el extremo sur del crucero de la Catedral se encuentra la primera piedra del primer templo, aquel sobre el que se realizaron las ampliaciones que resultaron en la actual iglesia compostelana, considerada el segundo centro de peregrinación católico más importante después de la Basílica de San Pedro en el Vaticano. Junto a la mencionada piedra madre, “existe una marca de cantero cuyo significado preciso es desconocido”, explica Sierra, quien la ha integrado en su novela, como muchos otros elementos del santuario compostelano, donde sus protagonistas la descubren de manera inesperada. “Aproximadamente el 30% de lo contenido en la Catedral de Santiago tiene un significado controvertido”, sentencia el autor.





ILUMINADO
Javier Sierra ha buscado inspiración en la Catedral de Santiago de Compostela.



3. EL CAMINO DE LAS ESTRELLAS. El Campus Stellae, único monumento moderno de la Catedral, situado también en el extremo sur de su crucero, es para Javier Sierra un lugar especial. “Se trata de una donación de varias asociaciones gallegas con motivo del Año Santo Compostelano de 1999. El nombre oficial de la obra, creada por Jesús León Vázquez, es *El camino de las estrellas*”, explica el escritor, quien ve en él la apertura de la Iglesia a una interpretación más esotérica del Camino de Santiago, como ruta que seguía la Vía Láctea. Esta tesis fue acuñada por el escritor francés Louis Charpentier en los años 60, y el autor de *El ángel perdido* ya la utilizó en su novela *Las puertas templarias* (Ed. Círculo de Lectores, 2000). Una serie de topónimos relacionados con la Vía Láctea a lo largo del Camino son el principal argumento de la teoría: “El Pic d’Estelle, en el Pirineo francés, Estella y Astráin (Navarra), Les Eteilles (Luzenac, Francia), Estillón (Pirineos), Lizárraga (estrella en vasco), o Izarra (Álava)”, detalla Sierra.



4. LA FACHADA DE LAS PLATERÍAS. Edificada entre 1103 y 1117, ésta es la única fachada románica que se conserva en la Catedral. Sus dos puertas se abren a la plaza de las Platerías, donde discurre gran parte de la acción de la novela, que se extiende durante 72 horas. Esta fachada ha permanecido prácticamente intacta desde su construcción, a excepción de algunos relieves incorporados más tarde. “Es curioso que, a pesar de que en Galicia no hay mármol, en esta fachada existan tres columnas de este material, más una cuarta que se perdió”, explica Sierra. En la plaza se encuentra el Café Quintana, cuya terraza se puebla en verano y primavera con turistas, peregrinos y compostelanos atraídos por una ubicación privilegiada. El autor convierte en protagonistas de su libro a cuantos se sienten en sus antiguos taburetes de madera porque son objeto de extraños fenómenos. →



5. NOIA, LA ÚLTIMA ETAPA DEL CAMINO.

“A 30 kilómetros de Santiago, está considerada como el punto donde acababa la antigua ruta de peregrinación”, explica el escritor. Las 400 lápidas medievales vacías encontradas en su cementerio, con diferentes inscripciones, dan fe de ello. “En ellas no se han encontrado cadáveres. Los peregrinos tallaban la losa para enterrar al hombre que fueron, una especie de ritual de renacimiento, y los signos servían para identificarlo. Algunos hacen referencia a su profesión, pero muchos tienen un significado desconocido. Es la colección de este tipo de lápidas más importante del mundo”. Noia es uno de los lugares que más elementos ha aportado a *El ángel perdido*: “En la iglesia desacralizada del cementerio, encontramos un sarcófago del siglo XV con el nombre de Juan de Estivadas escrito al revés. Como Noé, Estivadas era bodeguero, y en el escudo de Noia aparece el Arca”. Sierra incluyó a Estivadas en su novela, y convirtió el escudo de la ciudad en una medalla: “Hay quien piensa que el Arca de Noé pudo atracar aquí, y se refiere al Camino de Santiago como el ‘Camino de Noé’. Y el nombre de Noelia, hija de Noé, es muy común por estos lares...”.



6. CABO DE FINISTERRE.

“Es la frontera entre lo divino y lo humano. Para los celtas, para los romanos, este era el fin del mundo, *finis terrae*, y muchos historiadores consideran que aquí acababan las peregrinaciones paganas anteriores a la cristianización”, desvela el escritor. En toda esta zona “mágica” se han descubierto restos prerromanos, romanos y medievales, que atestiguan su importancia como lugar de peregrinación. Todavía hoy parte de aquellos que alcanzan Santiago a pie continúan hasta el que fue considerado, en su época, el cabo más occidental de Europa, para disfrutar de una puesta de sol que funde fuego con agua: “El Camino de Santiago son muchos caminos...”, añade Sierra, enigmático.

EL CAZADOR DE COINCIDENCIAS

Nuestro escritor de intriga más internacional desvela cómo es el *ritual* con el que da por terminadas sus novelas: volver a los escenarios donde se desarrollan en busca de una señal.

POR JAVIER SIERRA

Ocurrió el pasado mes de julio. Con la primera versión de *El ángel perdido* recién salida de la impresora y todavía sepultado en montañas de papeles y mapas, sentí un súbito apremio. Llevaba semanas enfrascado en mi trabajo. Necesitaba un poco de oxígeno. Así que, sin pensármelo mucho, tomé el coche, enfilé la N-VI rumbo a Galicia y con mi borrador comencé a deambular por el escenario en el que arranca y termina mi trama. En el fondo buscaba algo simbólico para dar por terminado mi trabajo.

Soy un apasionado de las coincidencias. De las señales. Desde hace años llevo un diario donde las anoto todas y durante el viaje decidí abrir bien los ojos. “Ojalá encuentre una”, pensé. Así empezó este juego, que sólo ahora revelo.

Llegué a Santiago una tarde de Mundial de Fútbol y Año Santo. Enfrascado como estaba en mi historia, ambas efemérides se me habían pasado por alto así que, con cierta aprensión, dando codazos a peregrinos y turistas, me interné en el templo tratando de imaginar cómo podría una restauradora que trabajara de noche en los andamios del Pórtico de la Gloria ponerse a salvo de una lluvia de disparos. Justo así arranca mi obra. Durante la siguiente hora recorrí los pasos que dan un agente de la Agencia Nacional de Seguridad norteamericana y un fanático *yezidi* del noreste de Turquía detrás de esa mujer. Incluso vencí a la carrera los mismos obstáculos que ellos y cuando terminé el recorrido, eché un vistazo satisfecho al reloj. El tempo de esa primera secuencia de *El ángel perdido* funcionaba, pero no había ni rastro de mi señal.

Fue al dejar atrás la Catedral cuando caí en la cuenta de algo. Siete años atrás, con *La cena secreta* en esa misma fase de redacción, también me lancé a un viaje parecido. Conduje más de 1.000 kilómetros del tirón hasta Amboise, a los pies del río Loira, sólo para mostrar aquella novela a la tumba de su protagonista, Leonardo da Vinci. Era como si, de algún modo, necesitara el *nihil obstat* del genio antes de darla a imprenta. Una autorización sin palabras, íntima, parecida a la que, por cierto, también re-

querí a la Gran Pirámide de El Cairo cuando, en las navidades de 2001, acudí a ella con el texto sin corregir de *El secreto egipcio de Napoleón*.

¿Qué era eso? ¿Una locura propia que me había pasado desapercibida hasta repetirla por tercera vez? ¿Un acto romántico? ¿Mágico tal vez? El lector es libre de ponerle etiqueta. Después de confesarlo aquí, yo prefiero tomarlo como una forma diferente de entender la literatura.

Desde que en 1998 publicara mi primera novela hasta hoy, no ha habido trama en la que no me haya implicado a fondo. Se trata de una implicación vital. Todas mis novelas merodean por las grandes preguntas. Mi ficción no sólo entretiene, sino que propone respuestas a esas cuestiones. Si en aquella novela sobre Napoleón exploraba de dónde venimos y buceaba en nuestra obsesión por la inmortalidad, en *El ángel perdido* me he propuesto entender quiénes somos y qué nos ocurre antes y después de la vida. Ahí es nada.

INTRIGA CON ÁNGEL. La tarea ha sido ardua. He tardado más que nunca en terminar esta novela que transcurre en 72 horas y contiene desde alta tecnología militar a viejas invocaciones mágicas. Lo curioso es que descubrí la inspiración en el *Libro del Génesis*, que me enseñó que esta especie de caos en el que hoy vivimos ya lo experimentaron antes nuestros antepasados... y salieron airoso.

En efecto. Hace unos 6.000 años, una inundación parecida a la que el mes pasado devastaba Brisbane (Australia), truncaba el curso de la Humanidad. El mito, que se ha inventariado con pocas variantes en más de 200 culturas de los cinco continentes, habla de cómo Dios alertó a una familia de elegidos dándoles instrucciones para que construyeran una nao colosal que los salvase. Hoy se acepta que los escribas del Antiguo Testamento versionaron ese episodio a partir de una narración más antigua. Fue escrita sobre tablillas de barro y muchos la consideran el primer relato de la Historia: la *Epopéya de Gilgamesh*.

Aztecas, aborígenes australianos, griegos e incluso egipcios contaron historias parecidas. Bajo esa óptica, hasta el hundimiento de Poseidón,

la capital de Atlántida que describe Platón, parece beber de ese relato primordial. Pero lo que a mí me fascinaba es que los héroes de esos relatos se salvaron porque lograron comunicarse con los dioses y recibieron de ellos información privilegiada.

El último gran receptor *moderno* de esa clase de mensajes fue el filósofo, matemático, astrólogo y mago de la corte de Isabel I de Inglaterra, John Dee. En 1581 aseguró haber sido testigo de la aparición de un ángel que le urgió a aprender su lengua —la que hablaban Dios y Adán en el paraíso— para después darle instrucciones sobre cómo dominar la naturaleza.

Durante meses yo intenté estudiar la llamada lengua enoquiiana, y descubrí que Dee fue uno de los últimos sabios en mencionar unas misteriosas piedras que, en circunstancias especiales, favorecían comunicaciones como las suyas. Las llamó “adaman-tas” y a mí no se me escaparon sus vínculos con otras piedras comunicantes, como la Kaaba, las Tablas de la Ley, e incluso con la versión del Santo Grial de Wolfram von Eschenbach (siglo XIII) donde se lo describe como una piedra “del más puro origen”, probablemente meteórico.

Cuando encontré esos cabos sueltos supe que tenía una novela entre las manos. Las piedras de comunicación debían proceder de tiempos antediluvianos, cuando, según todas las tradiciones, el hombre aún hablaba con sus divinidades. Imaginé que esas piedras pudieron sobrevivir a bordo del Arca de Noé, y que para encontrarlas habría que llevar a mis personajes hasta el monte Ararat.

Para escribir, también yo subí el Ararat, desafiando sus 5.165 metros con César Pérez de Tudela. Sin embargo, no fue hasta esa tarde de julio en la que viajé a Compostela cuando la catedral me dio al fin su permiso para publicar *El ángel perdido*. Justo bajando las escaleras que dan a la fuente de los Caballos leí en un viejo y oxidado letrero de hierro: ángel. Otro ángel perdido.

EL ÁNGEL PERDIDO,
(ED. PLANETA), DE JAVIER SIERRA, SALE A LA VENTA ESTA SEMANA.



!
 TEXTO
 TRADUCIDO
 AL INGLÉS
 EN
 ENGLISH
 CORNER
 PÁG. 49

In Search of Angels

Tras la pista de los ángeles



[Fragmento traducido de la página 34]. The last great modern receiver of that kind of message was the court phi-

losopher, mathematician, astrologer and sorcerer serving Elizabeth I of England, John Dee. In 1581 he claimed [1] to have witnessed the appearance of an angel who urged him to learn his language - that spoken by God and Adam in Paradise - so that he could later give him instructions on how to master [2] Nature.



For months I tried to study the so-called Enochian language, and discovered that Dee was one of the last sages to mention some mysterious stones that, under special circumstances, favored communications such as his. He called them “adamants” and I did not fail to see their links [3] to other stones for communication, such as the Kaaba, the Ten Commandments, and even the version of the Holy Grail from Wolfram von Eschembach (XIII century) who described it as a stone “of

the purest origin,” probably meteoric. When I found these loose ends I knew I had a novel on my hands. The stones of communication had to come from antediluvian times when, according to all the traditions, man still spoke with his gods. I imagined that those rocks could have survived on board Noah’s Ark, and that to find them I would have to take my characters to Mount Ararat.



RICHARD VAUGHAN
PRESIDENTE Y FUNDADOR
DE VAUGHAN SYSTEMS.

VAUGHAN’S EXPLANATION

[1] “Claim” (asegurar). Podríamos pensar en el verbo “assure”, pero éste significa garantizar: “I can assure you that this novel will be a hit” (Te puedo garantizar que el libro será un éxito), o convencer: “We need to assure him that people will buy the book” (Tenemos que convencerle de que la gente comprará el libro). [2] “Master” (dominar). Utilizamos este vocablo cuando queremos expresar que dominamos una destreza o actividad: “He has mastered the art of writing” (Ha dominado el arte

de escribir). Cuando alguien finaliza un Master’s Degree, se supone que domina el campo estudiado. Antiguamente, un “master” era el amo o el dueño de un esclavo. [3] “Link” (vínculo). Este anglicismo entró en el campo de la informática, donde sustituye al término tradicional enlace. Cuando funciona como verbo, significa relacionar: “The police were able to link him to the crime” (La policía pudo relacionarlo con el crimen). También puede referirse a un eslabón de una cadena.